



evocación de cosío villegas

No era —bien lo supimos cuantos lo frecuentábamos— un hombre de trato fácil. Si algunas de sus enemistades parecían normales, o cuando menos explicables, otras resultaban de absurdos equívocos o del juicio premioso y explosivo. Con todo, nunca fue escaso el número de sus amigos: ese mismo calor íntimo que lo orillaba al desmán le fomentaba el interés constante en vidas y obras ajenas y una genuina disposición a tutelar aquellas causas que consideraba dignas de apoyo. Durante diecisiete años no publicó ningún libro propio; prefirió dedicar su tiempo "a hacer posible que otros autores (algo más de seiscientos) publicaran los suyos". El sarcasmo, a menudo, servía de máscara a su desprendimiento. Aparte la indignación ponderada, sus estallidos traicionaban en el fondo un afán de participación total.

Para apreciarlo, había que tomarlo como era. Y era, fundamentalmente, un espíritu quijotesco. Lo recuerdo en esta ciudad y en la provincia, en Nueva York, en París. Siempre abierto a debates de todo género; pero también al afecto constructivo. En un momento arrasaba a diestro y siniestro; en el siguiente se daba al rescate de ciertos méritos olvidados, o tendía la mano —con ejemplar disimulo— a quien lo necesitaba. Ansioso de llamar a las cosas por sus nombres, cayó a veces en el consabido espejismo de los molinos de viento. No fue por ello menor el rango de su tarea.

Comprendió el valor de la risa —y de la sonrisa mordaz— en un país tan solemne como el nuestro. Estoico en lo personal, convirtió su pluma en una arma contra el protocolo y la ceremonia. Lo vi reír con los ojos y con las palabras aun en medio de situaciones embarazosas. Cosa seria fue, sin embargo, su fe en la vida, y en la verdad histórica de México. Cualesquiera que hayan sido sus errores de perspectiva, obedecen a esa doble fidelidad entrañable, tanto más de admirar cuanto menos suele florecer entre nosotros.

jaime garcía terrés



evocación de cosío villegas

No era —bien lo supimos cuantos lo frecuentábamos— un hombre de trato fácil. Si algunas de sus enemistades parecían normales, o cuando menos explicables, otras resultaban de absurdos equívocos o del juicio premioso y explosivo. Con todo, nunca fue escaso el número de sus amigos: ese mismo calor íntimo que lo orillaba al desmán le fomentaba el interés constante en vidas y obras ajenas y una genuina disposición a tutelar aquellas causas que consideraba dignas de apoyo. Durante diecisiete años no publicó ningún libro propio; prefirió dedicar su tiempo “a hacer posible que otros autores (algo más de seiscientos) publicaran los suyos”. El sarcasmo, a menudo, servía de máscara a su desprendimiento. Aparte la indignación ponderada, sus estallidos traicionaban en el fondo un afán de participación total.

Para apreciarlo, había que tomarlo como era. Y era, fundamentalmente, un espíritu quijotesco. Lo recuerdo en esta ciudad y en la provincia, en Nueva York, en París. Siempre abierto a debates de todo género; pero también al afecto constructivo. En un momento arrasaba a diestro y siniestro; en el siguiente se daba al rescate de ciertos méritos olvidados, o tendía la mano —con ejemplar disimulo— a quien lo necesitaba. Ansioso de llamar a las cosas por sus nombres, cayó a veces en el consabido espejismo de los molinos de viento. No fue por ello menor el rango de su tarea.

Comprendió el valor de la risa —y de la sonrisa mordaz— en un país tan solemne como el nuestro. Estoico en lo personal, convirtió su pluma en una arma contra el protocolo y la ceremonia. Lo vi reír con los ojos y con las palabras aun en medio de situaciones embarazosas. Cosa seria fue, sin embargo, su fe en la vida, y en la verdad histórica de México. Cualesquiera que hayan sido sus errores de perspectiva, obedecen a esa doble fidelidad entrañable, tanto más de admirar cuanto menos suele florecer entre nosotros.

jaime garcía terrés